

Guerra, Lillian.
*Popular Expression and
National Identity in Puerto
Rico: The Struggle for Self,
Community, and Nation.*

Gainesville: University Press of Florida,
1998. Pp. 332 + xi, tablas, apéndices,
notas, bibliografía, índice.

Jorge Duany

*Departamento de Sociología y Antropología
Universidad de Puerto Rico,
Recinto de Río Piedras*

La cuestión de si Puerto Rico constituye una nación, aunque carezca de soberanía, ha sido objeto de un largo debate público y académico. En las últimas décadas, buena parte del debate se ha centrado en la paradoja de un creciente nacionalismo cultural, expresado simbólicamente en el despliegue cada vez más amplio de la bandera puertorriqueña, junto con el estancamiento del nacionalismo político, manifestado en la debilidad electoral del movimiento para separar a Puerto Rico de los Estados Unidos. Actualmente, la mayoría de los puertorriqueños afirma su identidad cultural como la de una nación aparte, pero no apoya la creación de un Estado independiente en la Isla.

Uno de los discursos dominantes de la puertorriqueñidad ha girado en torno a la figura mítica del jíbaro, el campesino del interior de la Isla, y a las supuestas raíces hispánicas de la cultura popular tradicional. Según el texto clásico de María Teresa Babín (1986:64), "El jíbaro representa lo más entrañable, resistente y puro de la nacionalidad puertorriqueña". Para muchos estudiosos contemporáneos, tal discurso resulta cada vez más obsoleto, en vista de la gran variedad de prácticas, identidades e imaginarios colectivos en Puerto Rico que no encajan fácilmente dentro de esa visión del patrimonio histórico. Actualmente se están explorando nuevas

fuentes y enfoques para abordar la construcción y representación de las identidades culturales, tanto en la Isla como en la diáspora. Algunos de estos ensayos utilizan perspectivas derivadas de las teorías posmodernas, así como de los estudios culturales, subalternos y poscoloniales. A tales efectos, muchos intelectuales han tomado distancia de la narrativa fundacional hispanófila, homogénea y esencialista de la nación puertorriqueña.

En este contexto se inserta el reciente libro de la historiadora cubana residente en los Estados Unidos, Lillian Guerra, *Popular Expression and National Identity in Puerto Rico: The Struggle for Self, Community, and Nation*. El propósito básico de la autora es yuxtaponer los discursos intelectuales y populares sobre el jíbaro en Puerto Rico a principios del siglo 20. El texto surgió originalmente como un ensayo de investigación para un curso graduado en la Universidad de Wisconsin y luego se convirtió en una monografía erudita, después de presentarse como tesis de maestría en dicha institución. Como parte de su formación académica, Guerra pasó un año viviendo y estudiando en la Isla. A pesar de su juventud, la autora muestra un vasto conocimiento de las fuentes primarias y secundarias sobre la historia, la literatura y la cultura de Puerto Rico. Quizás por vivir fuera de la Isla, se aparta aún más de las miradas tradicionales a la puertorriqueñidad.

La tesis de Guerra es que la élite dominante en Puerto Rico construyó al jíbaro como la figura clave de la identidad nacional durante las tres primeras décadas del siglo 20, en respuesta al discurso colonial norteamericano. Intelectuales como Antonio Pedreira, Luis Llorens Torres, Virgilio Dávila y Luis Muñoz Marín se apropiaron de la imagen idílica del jíbaro como un pequeño agricultor independiente, de piel blanca y cultura hispánica, viviendo aislado de la civilización urbana en las montañas de la Isla. Por su parte, las clases populares crearon imágenes alternas del jíbaro como un símbolo de resistencia, tanto a la hegemonía de la élite criolla como del régimen colonial. Según Guerra, los sectores subalternos de la sociedad puertorriqueña expresaron claramente sus preocupaciones y aspiraciones principales a través de la literatura oral, especialmente los cuentos, las décimas y las adivinanzas. En estos materiales populares surge una fuerte conciencia de clase, una representación patriarcal de las relaciones de género y una buena dosis de prejuicio y discriminación racial.

El marco teórico de Guerra se deriva fundamentalmente de una

lectura crítica de *El país de cuatro pisos* de José Luis González. Al igual que González, la autora argumenta que los escritores canonizados por el discurso nacionalista puertorriqueño elaboraron una literatura "jibarista" que elevaba al campesinado de subsistencia a la categoría de emblema nacional, a la vez que marginaba los aportes culturales de los trabajadores negros y mulatos de la costa. No obstante, el jibarismo intelectual tenía poco que ver con las circunstancias cotidianas de la población campesina de la Isla a fines del siglo 19 y principios del 20. Más bien, se trataba de una reacción defensiva ante la dominación colonial norteamericana, que había desplazado a la élite insular de su hegemonía económica, política y cultural. Guerra demuestra convincentemente los vínculos entre las dislocaciones materiales de la clase hacendada y el surgimiento del jibarismo como frente de resistencia ideológica a la americanización en todos sus sentidos.

El problema central para el enfoque conceptual de González —y también el de Guerra— es develar las conexiones y disyuntivas entre los relatos de identidad de las clases dominantes y subalternas. Tanto González como Guerra plantean una brecha marcada entre ambas clases, aunque Guerra se esfuerza por examinar sus prácticas discursivas compartidas. Desde esta perspectiva, las expresiones folclóricas de los jíbaros reiteran varios temas recurrentes de la literatura culta. Por ejemplo, los cuentos populares tradicionales, al igual que las novelas y los ensayos de la élite, articulan la gran preocupación de los hombres por reafirmar la autoridad masculina y controlar la sexualidad femenina bajo el régimen colonial norteamericano. Sin embargo, esos mismos cuentos rechazan una mirada utópica del pasado español de la Isla, así como la imagen dominante del jíbaro como un ser pasivo, sumiso, dependiente, vago e ignorante.

Metodológicamente, Guerra utiliza dos estrategias básicas de investigación. La primera de ellas la lleva a recorrer las principales fuentes secundarias sobre la economía de Puerto Rico entre 1898 y 1930, así como a examinar los textos literarios más sobresalientes de la época, especialmente los poemas, ensayos y narraciones de Dávila, Llorens Torres, Pedreira, Muñoz Marín, Manuel Zeno Gandía, Salvador Brau y Miguel Meléndez Muñoz. Además, complementa su análisis con los resultados de una encuesta sociológica llevada a cabo por José Colombán Rosario y Justina Carrión en una comunidad cafetalera y otra cañera en 1934. La segunda estrategia,

la más novedosa, consiste en rescatar los discursos de los "intelectuales de las clases populares" mediante sus expresiones creativas, particularmente la extensa colección folclórica de J. Alden Mason. Este antropólogo norteamericano recopiló, grabó y transcribió cientos de cuentos, adivinanzas, coplas, décimas, aguinaldos, canciones y baladas, principalmente en Utuado y Loíza, entre 1914 y 1915, que se editaron íntegramente en diez números del *Journal of American Folk-Lore* desde 1916 hasta 1929. A pesar de sus limitaciones (Mason no precisó el trasfondo socioeconómico de sus informantes ni interpretó el significado de sus hallazgos), esta colección ilustra numerosas prácticas culturales de los jíbaros y sugiere múltiples pistas para develar las concepciones subalternas de la identidad nacional.

Aquí radica la principal contribución metodológica y sustantiva de Guerra. Mediante un análisis minucioso de una muestra de cuentos y adivinanzas folclóricas, la autora le da voz a un sector de la población puertorriqueña que usualmente no aparece representado en los relatos canónicos de la cultura nacional. Aunque resulta difícil sino imposible que "hablen los subalternos", las expresiones creativas de las clases populares muestran otra cara de la historia oficial. Concretamente, Guerra documenta cómo dichas clases percibían las disparidades de riqueza, las injusticias sociales, la explotación económica y la resistencia a la dominación colonial. Por ejemplo, la colección de Mason contiene numerosas referencias elogiosas a héroes populares que se rebelaban contra los códigos establecidos, ya fuera por medios violentos o pacíficos. En particular, los cuentos picarescos de Juan Bobo hablan frecuentemente de la necesidad de reforma social, retribución económica e intervención divina para igualar las condiciones de ricos y pobres.

A pesar de su elocuencia y elegancia, el argumento central de Guerra levanta varias interrogantes no resueltas. En primer lugar, la colección de Mason no es simplemente un registro fiel y desinteresado de la visión de mundo y las tradiciones culturales de los campesinos puertorriqueños de principios del siglo 20. Más bien, se trata del primer esfuerzo sostenido de un antropólogo norteamericano por seleccionar y representar la cultura insular a una audiencia especializada en el estudio del folclor hispánico en los Estados Unidos. Para mencionar sólo un aspecto del problema, ¿por qué concentrar la atención etnográfica en el pueblo de Utuado como centro del folclor jíbaro y, en menor medida, en Loíza como centro

del folclor "negro"? Habría que examinar más críticamente los propósitos, métodos y efectos del trabajo de campo de Mason, antes de concluir que sus materiales reflejan transparentemente los discursos populares del campesinado puertorriqueño.

En segundo lugar, no queda claro en qué consiste exactamente la correspondencia o divergencia entre las clases dominantes y subalternas sobre la identidad nacional. Por un lado, parecería que los intelectuales puertorriqueños (que no necesariamente pertenecen a la élite criolla, ni siempre comparten su ideología) inventaron el mito del jíbaro para promover los intereses de la antigua clase dirigente frente la invasión norteamericana. En este proyecto, esbozaron un imaginario nacional de origen predominantemente hispánico, basado en íconos como el idioma español, la religión católica, la hacienda cafetalera y el campesinado blanco. Por otro lado, los creadores anónimos del folclor boricua supuestamente elaboraron una versión más "auténtica" del jíbaro, basada en un proyecto más democrático e igualitario de la nación, así como la resistencia negociada al colonialismo norteamericano y la continua exclusión de ciertos grupos marginales, como los negros y las mujeres. Aparte de las inflexiones propias de cada clase, ¿cuáles son los vasos comunicantes entre ellas? Al igual que ocurre con la tesis de José Luis González, el grueso del argumento de Guerra implica que los sectores dominantes y subalternos tienen poco en común en términos culturales, pero esta afirmación no está bien sustentada en su ensayo.

Por último, el uso continuo de los términos "yo" (*Self*) y "otro" (*Other*) a través del texto resulta algo confuso y desenfocado. En ocasiones, Guerra sugiere que el yo es un sujeto histórico particular, tal como la intelectualidad criolla, la antigua clase hacendada o el propio jíbaro de carne y hueso. En otros momentos, el yo o sí mismo parece ser solamente un recurso retórico o una expresión gramatical inocente. Incluso, la autora lo coloca en mayúsculas en construcciones reflexivas como "*them-Selves*", sin ninguna intención filosófica aparente. De manera semejante, el término otro se refiere indistintamente a la cultura norteamericana, a los grupos subalternos o al jíbaro idealizado por la élite insular. No siempre se logra una redacción feliz en frases como las siguientes: "compartir la experiencia de la Otredad a través del lenguaje y las ideas le permitió a las clases populares definir el Yo mediante la posesión de la Otredad en vez de su negación" (p. 160; la traducción es mía). Aunque esta terminología puede ser pertinente para una teoría

postestructuralista de la identidad nacional, requiere de mayor precisión conceptual y empírica para ser útil.

En conjunto, el trabajo de investigación de Guerra es sumamente estimulante e innovador. Sobre todo, su valor reside en recuperar una fuente de información primaria poco utilizada por la historiografía puertorriqueña: los testimonios orales de los campesinos de principios de siglo. El análisis de estos materiales populares revela una perspectiva distinta de la cultura puertorriqueña, conformada a partir de las experiencias cotidianas de los grupos subalternos. En cambio, la autora demuestra convincentemente que la élite criolla manipuló el discurso jibarista para adelantar sus propios intereses de clase, sólo cuando éstos se vieron amenazados por las políticas coloniales de los Estados Unidos en la Isla. A pesar de sus diferencias, el discurso intelectual y el popular coincidían en puntos fundamentales como su visión patriarcal y racista de la identidad nacional. La autora sugiere que estas coincidencias ideológicas explican, en parte, por qué la imagen del jíbaro se convirtió en el símbolo más difundido del pueblo puertorriqueño en la Isla y en la diáspora después de la Segunda Guerra Mundial.

En síntesis, *Popular Expression and National Identity in Puerto Rico* representa un sólido aporte al debate cultural en la Isla. El libro incorpora múltiples referencias a discusiones teóricas más amplias sobre las estrategias de resistencia popular al poder hegemónico en América Latina y otras regiones del mundo. Su argumento descansa en una extensa revisión de la bibliografía especializada en asuntos puertorriqueños, particularmente en la interpretación de la colección folclórica de Mason. Sus hallazgos están bien documentados y entrelazados en una organización lógica y clara. La autora escribe de manera suelta y accesible, mayormente libre de jerga técnica, y con la vocación de que el trabajo intelectual aporte al mejoramiento de las grandes mayorías. Aunque en ocasiones idealiza el contenido contestatario de la cultura popular tradicional y critica despiadadamente a los escritores canonizados por el discurso nacionalista, Guerra logra reinsertar la perspectiva de los sectores subalternos en la discusión sobre qué es ser puertorriqueño, que frecuentemente ha excluido dicha perspectiva. Este es un gran logro, especialmente para un primer libro, que lo convierte en una lectura indispensable para cualquier estudioso del proyecto de construir una nación puertorriqueña más amplia, inclusiva y representativa.

REFERENCIA

Babín, María Teresa. (1986). *La cultura de Puerto Rico (edición abreviada)*. Segunda edición. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña.